



## Obras y Autores

# Mario Bahamonde: El Caudillo de Copiapó

Por Hernán del Solar

Sabíamos que era nortino, profesor universitario, escritor. Su nombre solía llegarnos soslayadamente, mencionado en alguna revista, algún periódico pasajero, o entre un grupo de intelectuales que asisten a una fiesta, o bien junto a una frase suya de las que, apenas leídas, están ya olvidándose. Esto significa que no es un escritor bullanguero. Si lo fuera, lo conoceríamos, se hablaría de él, inventaríamos un premio para destacarlo. Pero el silencioso no tiene una suerte tan acogedora, sobre todo si es provinciano. Aquí en Santiago se acoge con facilidad, a veces con excesiva prontitud, sólo al escritor que forja un coro para que entone su alabanza. Si no, está perdido, nadie sabe quién es, y esto constituye, para un escritor, un entierro anticipado.

Nos parece que algo semejante le ocurre a Mario Bahamonde ante un buen número de escritores santiaguinos. No sabemos que es un gran escritor, un excelente escritor que puede señalarse entre los mejores que tenemos. Para nosotros ha sido un feliz hallazgo. Y nos ha bastado, para tan gustoso encuentro, una breve novela suya: *El Caudillo de Copiapó*, que en estos días publica Nascimento.

Los buenos narradores no abundan entre nosotros. Los hay, indudablemente, pero encontrarse con uno que viene de lejos, sin barra de bombas y platillos, así, de buenas a primeras, nos parece asombroso. Contamos con la alegría de poder celebrarlo sin ambages. Es un novelista con dominio de su oficio, dueño de una ejemplar sencillez, imaginativo, lleno de un vigor natural que atrapa a sus lectores sin esforzarse, con una cordialidad de narrador que cautiva desde el primer instante y mantiene suspensa la atención de todos sobre cada pormenor de la aventura del caudillo copiapino don Pedro León Gallo.

La historia tiene una fecha: 1853. Son tiempos agitados, de rebeldía, protesta valiente. Los recuerda una voz de hombre de nuestro pueblo, memoriosa, que nada escapa a su penetración y todo lo evoca tan vivamente que, a través de sus palabras, se convive con hombres heroicos, con sucesos estremecedores, con una época inolvidable de Copiapó. "La revolución comenzó mucho antes —nos dice. Ya nadie podría precisar cuándo, pero comenzó muchísimo antes". El narrador empieza con una calculada vaguedad, como para que sus oyentes (entre ellos, nosotros, sus lectores) fijen su atención, se sientan estimulados para no perder una sola de sus palabras. Van sucediéndose los episodios, sin darle, al parecer, muchos, importancia a hombres, mujeres, sucesos y esto lo hace, indudablemente, para que al asomar la hora revolucionaria quedemos enlazados en ella y no podamos escapar de su hechicería. Vemos a doña Candelaria Goynechea recordando tal vez muchas cosas de diversos días, fija la mirada a través de una ventana que da hacia el patio de su casa. Ahí la tenemos, inmóvil, delante de lo que evoca, y de pronto cambia el panorama. "En Copiapó siempre las cosas sucedían de repente. Caían encima del pueblo espantando la modorra. Primero fue apenas un leve sacudón, pero bastó para que las visitas sentadas alrededor de la mesa de juego se pusieran pálidas y un ramalazo nervioso les azotara los ánimos. Luego la casa entera empezó a remecerse y el susto los obligó a correr despavoridos por el pasadizo. Por fin se precipitaron a la calle dejando sobre la mesa las monedas de oro. "¡Tembler, sálvame Dios mío! ¡Tembler!"

Aquí aparece Pedro León Gallo, junto a su padre, rodeado de sus demás hermanos, Tomás, Ángel Custodio, Juan Guillermo y Antonio, mientras la hermana, María Quiteria, quedaba con su madre, doña Candelaria. El temblor está descrito con suma maestría, rápidamente; pero ya está muy cerca el hecho capital, un pueblo estrechamente unido en torno al Caudillo.

"La revolución comenzó con un grito delirante: ¡Viva don Pedro León Gallo...! ¡Viva...!" La asamblea rugía de entusiasmo y un aire cargado de presagios ponía densa la atmósfera. Adelante, de pie sobre un estrado, presidía don Pedro León con su figura delgada, casi fina, y sus ojos penetrantes cargados de autoridad.

Don Pedro León había sido elegido regidor municipal, y sería en adelante no sólo el ídolo de su pueblo sino una importante figura parlamentaria. Pero éste fue su comienzo y algunos repentinos acontecimientos llevaron al estallido de la revolución. Es impresionante de verismo el diálogo de Pedro León con su madre. "Usted, Pedro León, apenas es un joven de 29 años". "Soy un hombre de 29 años, madre". "¿Se da cuenta que todo el peso del centralismo político tratará de aplastarlo? Traerán soldados y armas. Nadie querrá que un copiapino se aice contra Santiago". "¿Teme algo, madre?" "No sé: sólo le pregunto". "Todo Copiapó está con nosotros. Es nuestra causa defender esta tierra, su minería, su desarrollo económico..." "Tratarán de aplastarlo, hijo". "Lo sé, pero no me atrevería a desairar a los atacameños, a decirles que no lucharé". Continúa el diálogo cada vez más de corazón a corazón, la madre, suplicante, angustiada; el hijo, firmemente resuelto, argumentando con claridad y realismo. Desde ese día, la revolución era un hecho irrefrenable. "Toda la noche la revolución anduvo por la calle, con los mineros borrachos y con la fiesta haciendo huifas por las cantinas. De rato en rato un fogonazo o un estampido repercutían contra el grito bullanguero de una multitud dejando después una estela de silencio. Era una noche apretada de viento calderino y de sequedad de los cerros". "¿Y quién va a poner orden entre esta turba, Dios mío...?" "¡Viva la revolución de don Pedro León Gallo, vieja gallina...!"

El Caudillo organiza sus tropas, avanza, conquista tierras y voluntades, y se llega, por fin, a la batalla de Los Loros. Se encuentran en pocas páginas miradas y voces que describen el combate con extraordinaria agilidad y colorido. Es un cuadro oral que se graba en la memoria. Los insurrectos, faltos de municiones, "pelan" los corvos, obligando a huir a los gobiernistas. Pero sucede que la suerte vuelve las espaldas. Los hombres de Pedro León son derrotados en Cerro Grande. Pero la derrota no quita prestigio al Caudillo. Hasta muchos años después de su muerte, cuando ha escalado en la política hasta muy altos peldaños, retirado ya de la actividad que le condujo a un renombre perdurable, el Caudillo es recordado con cariño y admiración. Mario Bahamonde contribuye ahora bellamente a su memoria...